



La rebeldía de Mariano Latorre

Hay algo de obligación en la obra de Mariano Latorre (1896-1966). Recuerdos de cuando en la enseñanza regular era necesario embudoarse con sus largas exposiciones descriptivas a lo Melville e intentar cumplir la lectura cada dos párrafos para ver, en la última página del libro, el significado de la palabra "budá", la palabra "dolencia", la palabra "busque". Algo de obligación que nos concierne a todos los que vimos menguando nuestra voluntad de saber a expensas de los tristes planes de estudio. Hubo que desobedecer a Latorre como se desobedece a Zola que ya casi nadie se atreve a desobedecer.

Hasta para los mismos críticos que lo lapidaron desde sus "Cuarenta del Maule" (1917), críticos como el pontificio Alonso que abominaba ese chilismo desértico y desprovisto de metáfora, hasta para ellos Mariano Latorre resultaba una obligación, un fastidio inevitable porque el hombre publicaba muy seguido, todos los años perfectamente, en cuatro tomos llenos de apuros las librerías que lo contrataban en sus editores los viajes de Aconcagua a Magallanes.

Pero en Latorre hubo también una rebeldía, una inquietud rebelde a las influencias del medio, del medio cultural en sí, puesto que la influencia del medio geográfico contribuyó a la producción de las teorías de este maridador nacido en Cobquecura, a orillas del río Maule. Entonces, suponiendo que Latorre era un rebelde, podríamos seguir el hilo de esta historia apartada de nosotros cuatro palabras clave: "raza", "campo", "fatalidad".

ENTRE DOS MUNDOS

Era descendiente de vascos y franceses empujados a causa de la inhabilidad para los negocios. Desembarcó por Constitución, Puntal, Talca, Valparaíso y Santiago. Trabajó como profesor. Fundó algunas revistas y colaboró con otras. Estableció amistad, en diferentes épocas, con Fernando Sanfán, Américo Dawson y Rafael Marín. Formó nota de las ideas naturalistas en boga y las aplicó a su manera a lo que pronto se convertiría en su quimera: edificar una literatura auténticamente nacional.

Por partes iguales lo reconocían la ascendencia europea y la realidad americana. Cuando viajaba por Chile no perdía la oportunidad de catalogar tipos nuevos, detalles sutiles del mestizaje, la ropa, los usos verbales, el habla nueva. Era lo imaginario como los severos mustros que miran de arriba abajo e inquietan por el apellidado antes que cualquier cosa.

No se contentó con transcribir a Emile Zola, el patrón literario del momento, pero fue el autor de "La Taberna" (y el crítico impulsor del "Yo acuso") su modelo principal.

Un estudio del temperamento y de las modificaciones profundas del organismo bajo la presión del medio y las circunstancias, escribió Zola para explicar su teoría naturalista tomada de Taine: "el ser humano guarda una estrecha dependencia del medio geográfico en el que conforma su existencia", avanzó Latorre para expli-

Con la re edición de "Chilenos del Mar", uno de sus libros capitales, Editorial Lom recupera a un autor maulino que en vida soportó el estigma de ser un "criollista" apasionado por los matices de la nacionalidad

car su teoría teórica tomada de Zola. Por oposición a la sofocidad urbana reñida por el francés, el chileno levantó la bandera del campo, "la vergüenza narrativa de nuestros chiquillos", "el hombre épico del campesino" que De Roda Isola llamó más tarde.

Por esa tenaz rebeldía, por la pasión de conocer el campo inmenso a la casa del aceno de la nacionalidad, Latorre fue tildado peyorativamente de "criollista". Se le reprochó su débil construcción de personajes, su escasa capacidad fabuladora. "El perfeccionismo excesivo y el desprecio por la gente vulgar, al mismo tiempo", replicó el maulino en uno de sus

cuernos, como queriendo justificar su casi inmensa actividad de "observador participante".

DECENAS DE LIBROS

Fueron apareciendo "Zurullita", "Ully", "On Panta", "Cuna de olodores", y otra veintena, por lo menos, de publicaciones, casi todas consideradas clásicas en la actualidad. A despecho de las críticas, Latorre daba una impresión de felicidad y consistencia, tanto en sus relatos como en su vida personal. Quienquiera esté buscando en la literatura alguna señal trascendente de la vida por estos lados (en América), no encontrará en el autor de "Chilenos del mar" la fatalidad de Quirga, o la fatalidad de Rulfo, o la fatalidad de Borges. Encontrará en cambio el carácter social del chileno, el humor insidioso del mestizo, y relampagueos de poesía: "una lluvia, gorgoros rojos en la tinta del madroño", o el amanecer: "un chubasco de oro líquido que inundó los matorrales".

Vela Latorre una barbarie hermosa, pero silenciosa, sumergiendo ante los restos "archañados" de la cultura europea, los inmigrantes ándes por equilibrar el nuevo mundo. Y en el habitante del campo, en los fétidos de la infancia, hallaba las marcas de una geografía todopoderosa: "Todo su persona (On Panta) tiene ese mar, gasta de las serrenas, el de los cerros grisesos, laminados por las aguas, el de los arboles, entrecruzados en las piedras, el de las casas, llenas de parches y sostenidas por troncos de roble, sin embargo, bajo esa apariencia pobre, una vitalidad latente que se altera al viento, que lo reviste todo: la miseria y el tiempo". Fue esa misma estética empíricamente viva y conservadora, impuesta esta vez sobre On Panta, la que condenó al olvido a Mariano Latorre.



LA OBRA EN CUESTIÓN

Publicado originalmente en 1919, este libro reúne ocho relatos, entre los que destacan "El Inno Viejo" y "El piano Quirga". La acción se traslada a la costa, desde inmigrantes y colonos (donde se mezcla el español, la aymara y la onchil). Aborda también las referencias a la historia del Maule, en especial el suceso y decadencia del puerto de Constitución. Los personajes pertenecen a Luis Alberto Martínez y Ricardo Latorre.

UN FRAGMENTO

"Todo ha cambiado ahora. No es el lugar confortable del abuelo borracho. No son las cunetas de coque y los espejos ovalados, de marco italiano, ni las altas botellas en lectos y almohadones. No, todo es gastado y pobre."

Solo el casaca permanece igual. El pelo que cubría moños y coronas se ve ahora sobre él, quizás porque los dedos de la madre pesan y vuelven a pasar rehaciendo talones o resucitando guisos, en su vano pulido [...]

Nuestro cráneo era una jaja de mar, casi una excepción de la naturaleza. ¿Cómo logró cuajar esta substancia perfecta, fragil como una porcelana y dura como el acero, de un brillo superior al de los más refinados barnices y como esos troques de fibra húmeda, de pliegues moños se fijaron para siempre en su ovalo gracioso?

Cruzar de ola, traspassar de luz, resacas náuticas y tardas pleamaras, grabaron su vida efímera en la cartita levitada, como la pinta se ha estropeado en la piel de los lipos y los logaritos."

EL CARACOL, Editorial Nascimento, 1966.

La rebeldía de Mariano Latorre [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La rebeldía de Mariano Latorre [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile